

EL CIELO



—Soy abogado —le voy diciendo a mis captores—. Y un abogado es el tipo de persona que cuando le hacen un jaque mate en el ajedrez responde: “Apelaré”.

Tardo en acostumbrarme a la luz del desierto fuera del cuarto. En el patio principal de la Tercera Veranda, lo primero que veo es una mesa larga de madera con una sandía partida por la mitad, roja carcajada; mis dientes harían el ruido de la palabra “carcajada” al hincarlos en la sandía. El olor del maíz, la droga mesoamericana, hurga en mi estómago. Allá, un plato con arroz. Salivo hasta que una hebra cae al piso de la casa grande y no puedo detenerla porque sigo esposado. Miro a mis captores con vergüenza. Una mujer vestida de traje sastre, el uniforme femenino del Partido, me sonrío beatamente, no importa que babeas, aquí te recibimos con todos tus defectos. Hay un niño disfrazado de soldado que prepara algún brebaje ceremonial y hasta eso se me antoja. El estómago, apagado por el hambre, se reactiva y vuelvo abochornarme de perder el control sobre mí mismo. Es como si mi cuerpo me hubiera abandonado y sólo me quedara con los ojos. Un hombre vestido de negro abiertamente tepehuano (alto, labios gruesos, cejas como trigo cosechado, cocinado por el sol y la nieve del desierto)

me indica con un girar de la muñeca hacia la mesa contigua. Está vestido de blanco; debe ser un cura o algo así. Los pobladores de Tercera Veranda nos han seguido y ahora son espectadores de esto. ¿A quién le van a sacar el corazón? ¿A mí?

—Van a tener que escarbar mucho colesterol antes de llegar a mi corazón —digo, pero la voz sale gravemente ensalivada.

En la mesa contigua al banquete hay un par de pies desnudos. Si los cocinaran podría darles unas mordidas en la parte jugosa, abajo del dedo gordo. Hacia arriba les sigue una sábana, un pecho con algunos cabellos blancos, el cuello y, al final, el rostro pálido, de mirada fija, del Licenciado X. No es él, es su cadáver. Solemos confundir a ambos pero no hay nada más distinto que alguien de su cuerpo inerte.

Aquí no está el señor que jugaba bingo en Acapulco. El adolescente que fue reclutado por los gobiernos de la Revolución. El apoyador a ultranza de lo que conviniera en cada momento. El que escuchó conversaciones privadas con la constancia de un trabajo burocrático. El que “encuestó” durante horas sin ropa a jóvenes asustados. El creador de frases que hacían soportable su trajín diario hecho de compromisos inciertos pero llenos de sangre. El que quiso ser parte de una nueva clase social armado tan sólo de la lealtad y el cálculo, y lo logró. El marido de Nieves, de la señora Clelia y de una más que no conozco. El padre de Glenda y de Tábata. El coleccionista de frases célebres, de animales de zoológico y de favores especiales. El que empezó gritando consignas y acabó por aplicar choques eléctricos. El que, luego, identificó los cadáveres y conoció en vida a quienes lo serían muy pronto por su mano. El que nunca habló sobre ciertos días en su vida. El que vistió los trajes más finos, comió lo más exótico y volvió de cada crucero por el mundo con ansias de tortillas de maíz. El que le aconsejaba a los

demás hacer algo que sólo le convenía a él mismo. El que jamás pisó una universidad pero tuvo empleos reservados sólo a los doctores. El que imaginó empresas que le sirvieran al Partido y mucho a su fortuna. El que desdeñaba tanto a los pobres que hasta comía con ellos en campaña electoral. El que desdeñaba tanto a los ricos que quería imitar la escenografía de sus casas. El que desdeñaba tanto a los gringos que se pintaba el cabello de rubio. El que desdeñaba tanto a los curas que iba a las iglesias a hablar de política con ellos. El que creía tanto en la suerte que se cambió el nombre y terminó por ser conocido por una sola de las letras, la tachada, la de lo excluido, la única que no le pertenecía.

Era sólo su cuerpo. El cuerpo de la equis. De la canana al tache en la boleta y, ahora, un hombre consumido por el tiempo con brazos y piernas de par en par.

Lo miro unos segundos, ahí, como en una plancha de quirófano reducido en tamaño, calvo, los bigotes blancos, en un traje y corbata de seda, con gotas de sudor. La vejez: ese proceso natural por el que te rompes la cadera el día en que dejas de saber cómo te llamas. Pero también mis ojos me abandonan: voltean hacia la mesa llena de platos con cosas que si no tuviera tanta hambre nunca probaría. Los chapulines asados, por ejemplo. Hay una botella de tequila abierta, los limones y la sal en una jícara de barro. Nunca me ha gustado el tequila pero es justo lo que necesito. ¿A quién hay que sobornar aquí? ¿Al cura? Y entonces me dejo caer sobre las rodillas pero mi raptó de fervor religioso sale un poco mal y termino de costado como un lechón. Lo pienso y tengo antojo hasta de mí mismo. Así, tirado con las manos esposadas, el cura explica a la concurrencia lo que se espera de mí:

—Este hombre comerá los pecados del Señor —dice el sacerdote, y el lugar a pleno sol se congela con el silencio de la muchedumbre— para que encuentre reposo.



—¿Pecados? Lo que necesito es comida. Ahí hay mucha —murmuro sólo para que me escuche el cura. Nada más lejos de mis deseos que estropearles el espectáculo a estos indios.

—Los pecados del Señor —grita el sacerdote de blanco a la concurrencia— están en la forma de esa comida.

—Me parece muy bien —argumento mientras me vuelven a poner en pie y me quitan las esposas—, ¿pero no cree que el alma de este pecador difunto está ya en el infierno?

—El Señor no está muerto —me revela el cura secretando—. Todavía respira. Debemos apresurarnos. Urdiales —dice abriendo los brazos—, pero es que le esperábamos hace dos días.

Dos días. Dos días. ¿Desde cuándo este plan se trazó para mí? ¿O estoy alucinando de hambre y el tipo no dice lo que creo que dice? ¿Estoy soñando con comida y sigo en mi celda de concreto? ¿O estoy soñando en mi cuarto de hotel? ¿O nunca me he separado de Marcia y todo el viaje es una pesadilla? Estoy durmiendo. Espero que el despertador haga su trabajo y me entere de por dónde quedó mi presente. Mientras, tengo que hacer lo que tengo que hacer, otro lema posible para el Partido. Hay que ser pragmático hasta en los sueños. El que se quiere despertar de las pesadillas sin terminarlas, no sabe lo que es ser mexicano.

—A la salud del Señor —grito y me abalanzo sobre los platos. Varios quedan debajo de mis manos. Tengo un público considerable y es la primera vez que no les voy a hablar sino que voy a comer ante ellos. La política se hace de discursos ante la gente, pero de platillos con otros políticos. No hay política sin boca.

La comida no parece sacada de un sueño. Todo sabe a lo que tiene que saber. Después de una buena mordida a una pierna de cerdo cocinada a la sal —“ahí va la elección de 1940”, pienso— y varias cucharadas a las lentejas —“las



descargas eléctricas a los estudiantes”— le otorgo especial interés a un pastel azteca de carne, rajas de chile y tortillas. Le vacío medio litro de crema agria y me la zampo con un cucharón para sopa. “El 68, esto debe ser el 2 de octubre del 68. Les supo tan bien y luego padecieron las consecuencias durante veinte años”, y me regocijo mientras la carne con rajas escurre por mis mejillas. Tampoco es pesadillezca la sensación de ser visto por una muchedumbre a mis espaldas, junto a un agónico y con ese sol que quema sin calentar. Como he dicho: con los de abajo nada me da pena.

Mientras mastico y trago veo que la mujer del traje sastre, el cura y el niño soldado observan con asco gustoso—morbo, dirían los demás— verme convertido en un cerdo dispuesto a aceptar los pecados de otro. Este pecado del Licenciado X tiene un toque de limón con mantequilla. El hambre se empieza a cansar y mi cabeza inicia uno o dos pensamientos: el Licenciado X siempre ha estado varias jugadas al frente. Pero ¿por qué yo? Nos peleamos hace tres años y jamás volvimos a vernos. Y lo miro tirado, boqueando aire, y entiendo que está solo, que sus mujeres lo dejaron, que sus hijas se fueron, que nadie en el Partido sabe que agoniza. ¿O sí?

El cura recita con asombro hacia mi voracidad alguna oración en latín. Quizás el tepehuano que hablaban mis captores era, en realidad, latín añejado por los indios en una sierra perdida de la conquista romana que nunca ocurrió. Ahora todos se hincan y rezan en silencio. La posibilidad de tener la razón sobre el latín me abre el apetito por un trago de lo divino.

Me desplazo hacia la botella de tequila —“Marcia, la situación lo justifica”, me digo— y me la voy a tomar a pico, pero mis ojos se encuentran con los de una mujer con una gran cantidad de cabello negro que le cubre los dos brazos

desnudos. Ella también está vestida de blanco y una cinta morada le recorre la frente. Tiene un río de pecas que le cruza, como hormigas, el puente de la nariz. Parada detrás del agonizante Señor cierra los ojos en el instante en que se encuentran con los míos. Los del Licenciado X están abiertos como platos. Hay carne de puerco en un chile negrusco. Pasilla. Fantástico. Necesito un plato. Voy a necesitar un baño antes de la digestión si sigo embarrándome así. Tortillas, perfecto: el plato que se come. Me sirvo. Miro el cuerpo moribundo. Tortillas como ojos.

Me acerco al Licenciado X con un taco escurriendo salsa en el polvo.

—Tiempo sin verlo —le digo, y siento el picor embarrado en mi mejilla. Por la calidad del espectáculo nadie podría quejarse, todo es rencor acumulado: el chile que elimina las papilas gustativas, el hambre que anula la razón, las ansias de venganza que es la única forma aceptable de la memoria—. ¿Qué pecado me estoy tragando, lic? ¿Podría ser que esto fuera aquella vez que le disparó en la nuca a su socio de Guadalajara? ¿No sabía que yo lo supe?

Los ojos del Licenciado X me miran por primera vez y frunce el entrecejo. La mujer de los cabellos como arbustos silvestres me pide con un gesto de la palma de su mano que me detenga, que no lo torture, que es exactamente lo que me dispongo a hacer antes de que estos indios me saquen el corazón. Es mi última cena, qué carajos, y hago lo que quiero como si fuera mi cumpleaños. Pero la mujer se inclina sobre el Licenciado X antes de que yo pueda continuar con mi pequeña obra de reclamos, pone su oído derecho sobre la boca del agónico, escucha sus últimas palabras —“hijo de...”— y alza ambos brazos.

—El Señor ha muerto —anuncia el cura de blanco, y la concurrencia se arrodilla.



Rezan algo en latín o en tepehuano mientras me tomo el tequila. Luego comienzan a hablar del Señor, en una confusión entre el de los cielos y este falso abogadete muerto en medio de la nada. Bufo un poco cuando el alcohol pasa directo de la garganta a la cabeza. El cura viene a reconvenirme.

—Lo siento, padre —me disculpo—, es que tenía tiempo de no tomar.

—No soy un cura —se enoja el padre, y las cejas se me suben a la coronilla—. Soy su guardia de seguridad, y si no te comportas con respeto te hago desollar vivo por esta gente, me disfrazo con tu piel y bailo mientras el sol te quema la carne pelona. No se lo aguanté ni a mi padre, así que ándate con cuidado.

Su padre. Ése es el rencor. Algo que vive desde antes que nazcamos.



La última vez que vi al Licenciado X había sido tres años antes. Hubo un pleito. Todo tuvo que ver con una idea simple y genial. El Profesor Hank estaba entonces en la Secretaría de Agricultura y su yerno tuvo una idea. La operación consistió en que el Profesor dictaminara que trescientas mil toneladas de maíz no eran para consumo humano. Su yerno las compró a mitad de precio. Luego el hermano del Presidente calvo, Salinas, director de Consumo Popular, constituyó una empresa con dinero del gobierno que privatizó por quiebra y se la vendió a mitad de precio al yerno del Profesor. Entonces tenían mercancía y empresa a mitad de precio. El yerno se hizo del mercado de harina de maíz para tortillas en unos cuantos meses. Y quien controla las tortillas controla al país.



Después vinieron los pagos para tanto favor: el hermano del presidente Salinas depositó el dinero que le pagaron por la empresa, originalmente comprada con dinero de los contribuyentes, en un banco de Nuevo Laredo, Texas. El banco era propiedad del hijo del Profesor Hank, quien, en pago, le compró al hermano del Presidente un departamento en la Quinta Avenida de Nueva York. La transacción fue por un dólar.

Enterado de la operación, el Licenciado X constituyó una empresa que compró acciones de la nueva industria de harina de maíz antes de que todo ocurriera. Y usó mi nombre. Jamás me hubiera enterado si no me llega una notificación de impuestos no pagados por varios miles de dólares. Pensé en quién sería capaz de engañarme de esa forma y fui a su casa.

—Se me olvidó comentártelo, Max —dijo cruzando la pierna en el sillón de su sala en la Segunda Veranda.

—¿Falsificaste mi firma?

—No soy un delincuente —se defendió el Licenciado X—; usé un viejo papel que firmaste en blanco cuando me tenías confianza.

—Espero que pagues —protesté, pensando en los impuestos.

—Claro —se hurgó en la bolsa del saco—. Un adelanto por las molestias.

El sobre tenía cincuenta mil nuevos pesos de entonces. El dinero fluyó mes con mes, Marcia recibió algunas joyitas en Navidad. Cuando su entusiasmo decayó y le daba igual si eran zafiros o diamantes, me compré mi primera esclava de oro macizo. Y luego me llevé a Venecia a Acapulco.

Pero ésta no es la historia de mi esclava sino de mi distanciamiento con el Licenciado X. Es algo que es importante que comparta con ustedes. Verán: compré un zafiro

violeta para Marcia o una Venecia para Punta Diamante. Ya no sabía ni lo que compraba. El dinero puede llegar a sobrar. Cuando eso sucede, uno se empieza a preguntar por las cosas menos apremiantes, como terminar en la cárcel o con el buen nombre. Y le reclamé al Licenciado X.

—Les pagábamos la mitad del precio por un grano que es completamente comible y mi firma anda en eso —le estoy diciendo en su nueva biblioteca, ampliada con los volúmenes que ahora le regala el Fondo de Cultura Económica y que van a las repisas con todo y plástico, “para que no se maltraten”.

—Pero les pagamos el maíz —se defiende X—. En otros tiempos se los hubiéramos quitado, sin más. El Estado de Derecho es una bendición comparado con la Revolución. No les pagamos justamente, pero les pagamos algo. En el “algo” hay una diferencia. La justicia nunca llega pero llega “algo”. Por eso votan, por el “algo”. A veces es para que los disparos no vuelvan. Y mira que podríamos.

—No quiero problemas —le contesto agitando mi esclava en su cara—. ¿Quién me garantiza que no soy el próximo chivo expiatorio del gobierno que venga? Es mi firma, no la suya. Se especializa en jugar con el azar de los demás, nunca con el suyo.

—¿Quieres salirte del negocio? —dice abriendo el cajón de su escritorio. Sé que ahí hay un revólver .38. Él mismo me lo enseñó hace años: “Es el calibre y el tipo de arma que jamás se atascan”, me había instruido.

—Algún día vamos a perder —trato de razonar—. Y todo va salir a la luz. ¿A mí quién me protege?

—¿Estás dentro o fuera? —dice el Licenciado X. Gallero de niño, gallero siempre, y escucho el “clic” del tambor del revólver dentro del cajón de su escritorio—. Sabes que podríamos.



Acabé firmando varios papeles en blanco. Pero jamás recibí otro sobre con dinero. Lo juro. Y lo que siguió después de que le regalé mi nombre al Licenciado X para que siguiera haciendo negocios resultó en un largo silencio. Fue como si me hubiera disparado. No me llamaron más a ninguna reunión del Partido, ni a una junta con los legisladores. Pasé a cobrar a la Cámara de Diputados y no había cheque para mí. La segunda vez que fui ni siquiera logré pasar de las rejas. El teléfono parecía desconectado. Con los ahorros del maíz incomedible puse un despacho de abogados que maneja divorcios; compartimos la renta de la oficina con unos magos.

En la casa alcanzó para comer y la escuela de las niñas, pero Marcia recibió relojes Citizen en vez de zafiros. Fue parte del sentimiento de abandono del que Marcia se quejó cuando interpuso la demanda de divorcio. Pensó que Venecia me había trasquilado. Ya saben lo que le ocurre a la pareja: la pasión se les convierte en ternura y ésta, en lástima. Al final ya es pura desconfianza. Hasta que me dieron esta “comisión” me pareció que las cosas regresaban a su lugar. Los justos al cielo, los pecadores al infierno.

Pero me equivoqué.



—El Señor vino del cielo —me está diciendo por los senderos del bosque lo que parece una adolescente pero que se comporta como si fuera la viuda del Licenciado X— y nos cambió a todos. Yo soy una simple mujer y jamás entendí ni la décima parte de su sabiduría. Su sentido de la justicia. Algo que no podía medirse como lo medimos entre la gente común.

Estamos hablando del mismo hombre que interrogaba en ropa interior a los estudiantes en los años setenta. El



mismo que pedía una “comisión” en efectivo de cada robo que se cometía en las ciudades del país. Aquí el Licenciado X era simplemente el Señor. Y los dos eran la misma persona. La escuela, la clínica, el parque central, la calle principal se llamaban Laureano X. Vidal. Hay retratos suyos en cada tienda porque todas son de su propiedad. Los calendarios que cuelgan de sus paredes van de una pintura de su rostro de niño, en enero, a maduro, en diciembre. Jamás anciano. No hay políticos ancianos, salvo los romanos.

—Mire —su viuda me señala un helicóptero anclado a la copa de un árbol—. Cuando cayó su máquina lo único que dijo fue: “Déjenlo ahí. Lo material debe descansar donde le llega su final. Lo importante es lo que lo hacía volar, y eso jamás se cae”. Todavía pienso en lo que quiso decir. Es tan profundo. Pero para qué le cuento si usted era casi como un hijo para él. Ésas fueron sus últimas palabras: “hijo, hijo”.

—Quiso decir “hijo de la chingada”, pero se murió antes —la corrijo, pero hace un puchero la adolescente—. No, señora, cuénteme. Estoy realmente sorprendido —le digo y, tras una pregunta, sé que esta mujer de larga cabellera negra se llama Providencia. ¿Qué clase de nombre es ése? Una calle, una cantina, un bolero romántico se llaman Providencia, no una persona.

—Esa clínica de allá, la Laureano X. Vidal —sigue mientras señala a las laderas de la sierra donde se ve un techo de tejas—. Él la construyó.

—¿Con sus manos?

—No, cómo cree, señor Urdiales —se ríe Providencia. No es atractiva pero hay una especie de descanso en mirarla. Es del tipo de mujeres que sonrío con toda la cara, con los ojos, con la nariz, como si se le derritieran las facciones—. Trajo a los del pueblo vecino y tuvimos hospedado a un ingeniero hasta que terminó.

Ése sí es el Licenciado X. Imagino a los del pueblo de junto, odiados aquí con toda seguridad, tratados como esclavos. Y el ingeniero. Claro, esposado dentro de la misma cárcel en la que me dejaron. Pude oler su adrenalina ahí dentro.

—¿Y los médicos? —pregunto pensando en un secuestro de varios doctores rurales durante años.

—Todavía no llegan —aclaró Providencia—, pero como decía el Señor: “En la vida todo es gradual; las flores deben ser botones antes”. Un día vendrán.

Vaya que sí progresó con sus aforismos, el vejete que me quiso matar. Y eso también es el Licenciado X: la fe en algo siempre es la fe en alguien. “Si sueñas con alguien tiene poder sobre ti”, me retumba su voz en la cabeza y me desplomo al pie de un árbol. La indigestión y el sobrepeso me están haciendo sudar. Después de todo traigo los pecados del Licenciado X en el vientre. Setenta años de hacer el mal. Agito mi esclava de oro y cae, inmóvil, enterrándose en la carne del antebrazo. Sigo un poco ebrio.

—¿Te sientes bien? —se preocupa Providencia tuteándose de pronto, deja la caja de cartón que trae bajo la axila y me toca la mejilla. Me ruborizo como hace décadas no lo hago. Pero me recompongo y, sin mucho que decir, le pregunto por su nombre.

—Él me lo puso —se acomoda el cabello detrás de la oreja pero es como tratar de controlar una enredadera—. De hecho me llamo Divina Providencia, pero él todo lo acertaba.

—Esto de matarme de hambre para que me comiera sus pecados —me señalo el vientre repleto—. ¿Para eso me traje hasta aquí?

—No, ésa es una costumbre de algunos tepehuanos. Él no estuvo de acuerdo, pero no pudo más que aceptar el regalo que ellos quisieron hacerle. En realidad te hizo venir

porque quería que tú tuvieras esto. Son las memorias de sus grandes obras —dice acomodándose el cabello rizado.


Abro la caja de cartón. Tiene papeles escritos de puño y letra del Licenciado X.

Los reviso. Mal redactados, con faltas de ortografía. En el hojlerío hay una carta para mí.




La idea le surgió una tarde mientras miraba por la ventana con su puro cubano que impedía que encendiera el trigésimo cigarro del día. “Lo que necesito”, se dijo, “es una mujer a la medida”. No una como su primera esposa, como Nieves, o una segunda como Clelia, sino alguien para la vejez. Regresar el tiempo pero con la experiencia ganada. La máquina del tiempo no es algo que uno desea usar porque, por alguna razón que no alcanzo a discernir, siempre algo falla y uno termina cenando con los doce apóstoles o parado detrás de una cerca en el asesinato de Kennedy. Así que el Licenciado X ponderó sus opciones. Y entonces comenzó, como en una cinta de imágenes, a configurarse un plan: si pudiera tener a una huérfana en la casa, educarla a su manera, con sus gustos y fobias, conocedora de la forma en que le gustaba su comida, el sexo, las bromas, sería la mujer perfecta. Telefonó a Júpiter Gómez. Con paciencia éste le habló de algunos casos de traslado de niñas a orfanatos, adopciones, litigios de patria potestad, lugares en donde ya no les alcanza el dinero para sostener a tanta niña y son felices al deshacerse de ellas apenas cumplen los trece, y decidió, no exactamente llevar a cabo el plan, pero sí echarle un vistazo a las fotografías.


Unas semanas después tuvo oportunidad de encontrar a una hermosa niña de ojos opacos y un puente de pecas



que ayudaba a cruzar su curva nariz. Su boca en la foto estaba ligeramente abierta, sus delgados labios abriendo paso a lo que, en definitiva, era un llamado urgente al ortodontista. Perfecta. Trece años. María Midori. Tendría que rebautizarla para efectos legales. Y lo hizo cuando hubo hecho los arreglos pertinentes para llevarla a su casa de retiro. Por supuesto, se vio obligado a llevar a los carcos con las indolentes monjas a una mujer pagada para hacer el papel de su esposa, misma que fue generosamente retribuida y extirpada de la escena en la que por primera vez María Midori, rebautizada como Divina Providencia, cruzó la puerta de entrada a la Tercera Veranda y el portón se cerró tras ella como se cierran en los finales de una escena en el cine.




Recién desembarcada, la niña corrió a esconderse a un rincón oscuro de las recámaras, gesto en el que el Señor quiso ver una predisposición por el cuarto en el que habría de ocurrirle todo no apenas cumpliera los quince. Escogió esa edad después de estudiar la curva en la que las chicas de esta era posmoderna declaran haber perdido la virginidad. Los datos indican que es entre los quince y los diecisiete, una buena parte de ellas, y otra espera hasta los veinte. Y otras más siguen esperando. No deseaba que Providencia fuera anormal, así que planeó ajustarla al resto, incluso en los detalles más insignificantes: la mayoría de las chicas que pierden la virginidad lo hacen en su propia casa. Todo encajaba con la estadística.



Pero no fue esta dedicación a la normalidad lo más arduo de la tarea. Fue, como supondrán, su educación, ya que se trataba de una niña que había pasado sus primeras horas de vida en una caja de zapatos —de ahí su predilección por los lugares mal olientes— y el resto con las monjas, lo que le había dejado las huellas indelebles de la superstición en







la mente. Sí, por curioso que pueda parecer, Providencia tenía la idea de la culpa en su interior, el fuego eterno en su vocabulario y, para fortuna del Señor, cierta clase de resignación. Fue con esta última con la que trabajó los primeros meses, acostumbrado a doblegar mentalidades, y la que le sirvió para hacer que aprendiera a poner una mesa, preparar platillos sencillos y agradecer a papá con un beso en la frente. Pero no bien había terminado las tareas que se le asignaban con la supervisión estricta de su nuevo tutor, Providencia corría de nuevo a los rincones más inaccesibles de la casa, ensuciando el borde de sus vestidos con pelusa y hasta, en alguna ocasión, con mordeduras de ratones.

Cuando iba a celebrarse su décimo cuarto año el Señor tuvo que admitir que la niña carecía del sentido del agradecimiento. Sólo actuaba por órdenes claras y simples, pero sin desarrollar cariño alguno por él; en ella estaba ausente el deseo, el motor de toda iniciativa. Esa ausencia siempre es una especie de ceguera y aun de estupidez moral en ciertas mujeres que creen que los actos de generosidad que se les ofrecen no deben retribuirse, sino que uno se los ofrenda por una especie de bondad innata que no requiere de ellas ni mover un dedo. Se los merecen y punto. “En este país todo mundo cree que se le debe algo”, escribe el Señor en la carta para mí, “y sus vidas son la comprobación de que están muy errados”.


Y Providencia parecía no ver que el haberla sacado de entre las cofias malolientes de las madres era para que estuviera agradecida de por vida con su tutor. También ignoraba que la educación doméstica que estaba recibiendo le permitiría quedarse en esa casa el resto de sus días. Y preguntaba mucho por qué no iba a una escuela normal como los demás niños. En una palabra, la niña se empezó a convertir en una monserga.



A su puesta en duda cotidiana de la autoridad paterna se le agregaba una especie de melancolía que consistía en agachar la cabeza y quedarse muda por días. La vida con las religiosas le había hecho daños irreparables. La huella que más molestaba al Señor, por perjudicar sus planes futuros, era su insistencia en bañarse con la luz apagada para no verse el cuerpo. Ya preveía el Señor los desencuentros que padecerían cuando tuviera que enfrentarse al sexo con la luz encendida y bajo una ducha caliente. No pudo convencerla de que su propio cuerpo era realmente lo único suyo. Incluso, tratando de usar en su favor la superchería indeleble que le habían inoculado las monjas, el Señor insistió en que el cuerpo de Providencia era una creación de Dios y que debía honrarla mostrándolo por toda la casa.



La única vez que le ordenó desnudarse y caminar así por el comedor, la niña aguantó el aliento apretando los puños hasta autoinfligirse un paro respiratorio. Desmayada, el Señor la tomó entre sus brazos por primera vez y la colocó sobre su cama, asustado de que pudiera morir. Pero después pensó, desde su habitual vena didáctica, propinarle una lección. La colocó con suavidad sobre la cama paterna, de tal forma que, cuando volviera en sí, tuviera que adaptarse a su desnudez obligada. El Señor desplazó un enorme espejo de cuerpo entero que normalmente servía para arreglarse la corbata y adivinar posibles arrugas en su traje italiano. Pero la niña no bien abrió los ojos y miró su reflexión, corrió como una loca por los pasillos, su cabello al aire, gritando como una poseída. Temiendo que llamara la atención de los caporales, decidió no ir tras ella hasta que se calmara, pero la inactividad no fructificó; todo lo contrario.



A partir de ese incidente, Providencia no estuvo más en su presencia. El Señor escuchaba sus pasitos en la azotea y corría por la escalera para asirla, pero ya no estaba. La



buscaba y, volviéndose hacia la ventana, la adivinaba detrás de un arbusto, en el jardín. Bajaba hasta ese lugar en el que prevalecían los arbustos y pinos enanos recién plantados y oía una puerta cerrándose en el sótano. A veces, cuando volvía de alguna reunión en la capital, el Señor podía ver que se había cambiado de ropa —sus calcetas sucias en un baño— o que había dejado los restos de una manzana en el brazo de un sillón. Providencia era una ausencia en la casa y decidió derrotarla. Dio la orden en la Tercera Veranda: “El que ayude en cualquier forma a la niña Providencia morirá, y su cabeza será exhibida en una picota”.

Lo primero que hizo fue enganchar candados en las puertas de las alacenas y encadenó las puertas de los refrigeradores. Él conservaba las llaves y las hacía sonar de cuando en cuando diciéndole: “¿Tienes hambre, nena?”, pero la niña era una bestia acostumbrada al maltrato y una mañana el Señor notó que estaba devastando los frutos no comestibles —limones espinosos y secos por dentro— de los árboles del patio trasero y seguramente comía serpientes. Tras un mes de combate, el Señor se convenció de que ya estaría terminando con los ratones, los alacranes y los cactus. Entonces pasó a intensificar el asedio y mandó cortar el agua en la casa. Volviendo del despacho llevaba una cantimplora para beber y la agitaba diciendo en voz alta: “¿Tienes sed, nena?” Pero esto tampoco funcionó. Carezco de la imaginación suficiente como para hacer suposiciones sobre los suministros clandestinos de agua de la niña. El Señor cortó el agua a todo el conjunto y hasta Juan Capistrán registró una sequía. Ese otoño en que llovió y que esperaba encontrarla con la boca abierta al cielo, tampoco la vio. Está de más decir que la falta de agua secó casi por completo los jardines. Y comenzó la persecución. El Señor sospechó de las cocineras. Y las ejecutó. Como las cosas no cambiaron,

terminó con los cazadores furtivos y los taladores ilegales. Sus cabezas se pudrieron en las puntas de las picotas con letreros de “enemigos del pueblo” pinchados a la ropa. Pero nada que aparecía la niña.

Así que pasó a la acción extrema, reservada sólo para casos desesperados. Tomó los planos de la casa y guiado por sus pequeñas pisadas que la delataban fue relacionando los cuartos en los que se la oía andar con las horas y minutos en los que esto ocurría. No era rutinaria en sus estancias, pero al cabo de dos semanas el Señor, experto y meticulado en las persecuciones de enemigos, comenzó a establecer un patrón, una predilección por el ático. La niña hacía uso de ese espacio los sábados en algún momento entre las tres y cuatro de la mañana. Pero no cedió a su instinto inicial de esperarla ahí durante una hora. Esto se trataba de una lección, de aprender a obedecer, el centro de la única política que el Señor aprendió de los presidentes Díaz Ordaz y Echeverría. Mandó tapiar el ático.

Pasó entonces a usar el sótano. Eso ocurría con poca frecuencia, pero fue lo único que encontró recurrente los martes por las noches. Así que mandó tapiarlo. En lugar de la puerta se levantó ahí una pared de granito. Dentro del sótano había poca cosa. Cajas que alguna vez contuvieron fotos de Nieves, de Clelia, de Glenda, de Tábata, regalos que le hicieron diputados y gobernadores con especial gusto por los Quijotes de bronce, cartas de reconocimientos, sus teleguías, sus adoradas teleguías, que fueron a parar a fogatas furiosas de coñac frente a las que llegó a maldecir. Quizás alguna de esas cajas contuviera aún cosas de ese primer amor al que buscaba regresar, y en tal caso, quedaron mudas ahí, detrás de una pared infranqueable.

Después cerró con soldadura los accesos a todas las recámaras y, en el caso de la que él mismo usaba, puso un cerrojo.



¿Debo continuar? Al cabo de dos semanas, y de invertir miles de horas-hombre en la destrucción sistemática de su propia casa, la azotea, el patio con pinos enanos y el sótano eran extensos pasillos con puertas tapiadas, ventanas clausuradas, árboles cortados para que no hubiera un solo resquicio por el que Providencia pudiera escurrirse. Cerrados los espacios libres dentro de la casa, Providencia sólo podía transitar por pasillos o al descampado en el exterior, donde todos estaban enterados de que, si la avistaban, tendrían que entregarla al Señor.

Una noche el señor dejó la puerta de su recámara abierta. En algún momento de la mañana despertó y la vio parada a los pies de la cama. Era una ruina. Lo que alguna vez fueron unos ojos brillantes llenos de duda se habían opacado a tal grado que parecían los de un topo, con esa capa sombría que revela el agujero en el que cayeron. Reducida a sus huesos, encorvada por la falta de calcio —al descubrir los agujeros en las paredes de los que comía yeso mandó recubrir las todas con papel tapiz—, Providencia había perdido más que peso. Ante su captor se arrancó lo poco que quedaba de su camisón blanco y se desnudó. Su cuerpo era no más que un costillar y un par de caderas en las que se adivinaban las coyunturas con los huesos de las piernas. La imagen le revolvió el estómago al Señor, quien corrió a cubrirla con el sobrecama que tenía a la mano. Callado, aceptó con resignación la derrota.

Fue cuando cumplió quince años que cayó en la cuenta de que todo su plan de fabricarse una mujer a la medida se había ido transformando en una vulgar paternidad. Había perdido a todas las mujeres en su vida: a Nieves, a Clelia, a Glenda y a Tábata. De Nieves nunca se supo nada. Su segunda esposa y sus dos hijas jamás volvieron al país tras el divorcio. Y a Providencia la miraba como a la niña escuá-



lida que jamás dejó de ser —había que obligarla a comer—, con esa cara de topo, sus pies como garras; alguien a quien cuidar. Los primeros años con él la habían cambiado para siempre y para mal. Fue inscrita en la escuela privada de Zacatecas a la que llegaba en helicóptero y él contrató a una maestra que la educara por las tardes. Pronto Providencia fue una niña como todas las demás y el Señor comenzó a darle dinero para que fuera a tomar helados los fines de semana después de alguna película de estúpidos dibujos animados.

Pero si bien Providencia nunca fue una niña feliz ni el brillo de sus ojos regresó, de pronto lo miraba con algo menos importante que su miedo habitual, una emoción que no podría definir como cariño, pero sí como renuncia. No creo que sea en modo alguno un sentimiento anormal; después de todo nos avenimos a los padres que nos han tocado y el amor filial es en su mayoría una expresión de abandono, de languidez de ambas partes, ante la suerte que nos ha tocado. El Señor lo sintió con intensidad y desistió de cualquier plan de hacerla su mujer a cambio de verla engordar, aunque fuera vestida. De hecho la sensación de ser sólo su padre se amplió a tal grado que una mañana en que, por la prisa que tenía por subirse al helicóptero e ir a la escuela, Providencia erró el beso de despedida y le humedeció los labios a su tutor “la repulsión fue instantánea”, escribe en la carta para mí. “Era incesto en mi estómago, pero en la mente de la niña no: prolongó el encuentro casi —creo— cinco segundos y se subió al helicóptero.”

El hecho dejó helado al Señor. ¿Qué había llevado a la niña a hacer eso? ¿Sentía deseos por quien, en gran parte, le había servido como padre? Trató de tranquilizarse recurriendo a la normalidad psicoanalítica, o a lo que había leído sobre ella en las teleguías, pero sin lograr reducir todo a una mera fantasía. La posibilidad de que, después de todo, algo

de su plan se llevara a cabo lo desasosegó a tal grado que tuvo miedo de cuando la niña llegara de la escuela a la casa. ¿Quién era Providencia? Después de todo, ésa es la pregunta más común entre padres e hijos. Y Providencia sin duda era la ausencia que domina todo parentesco.

En los siguientes días hizo esfuerzos de atención enormes para no incurrir en una mirada a su cuello o a las partes de piel expuestas entre el final de su falda y sus calcetas, de hecho creo que tampoco la miró a los ojos porque la penumbra que los desbordaba hacía de Providencia una mujer con muchos más años encima que su exigua adolescencia. Cada vez que venía el beso de despedida o de buenas noches él prácticamente la obligaba a rozar el aire. Ella aparentaba no recordar el incidente y no se podía adivinar en sus actitudes cambio alguno. Seguía siendo la misma niña que veía la televisión tirada en una alfombra, que vagaba por el patio ya sin pinos enanos y salía con cualquier pretexto a la tienda de la Tercera Veranda, a respirar, supongo. El que luchaba por no cambiar era el Señor. Le parecía que se topaban demasiado en los pasillos de la casa y que el encuentro que él rehuía podía darse en cualquier lugar. Por eso fue que pensó en remodelar el jardín para que Providencia tuviera sitios para estar sola, reabrió todas las habitaciones, el ático, el sótano y todas las ventanas y construyó el resto del conjunto, incluyendo la cárcel por si tuviera que encerrarse a sí mismo. Las posibilidades de estar frente a Providencia no hicieron más que aumentar sus fantasías. Le venían en forma de una sudoración intensa acompañada de una intranquilidad como la que se experimenta cuando uno está a punto de brincar al mar desde el risco. Luchaba, debo decirlo, contra posibles imágenes de su cuerpo nuevo, ya de diecisiete años, y trataba de llenar el lugar con el otro cuerpo, el de sus huesos, el de su apariencia cadavérica cuando lo derrotó en la protec-

ción de su desnudez. Pero si bien ayudaban a derivar el flujo en otra dirección, su cuerpo era el que sudaba poniéndose en un estado de alerta que le impedía dormir o concentrarse más que en su propio discurrir, hora tras hora. Cayó, por supuesto, enfermo.

El médico le recomendó reposo absoluto y en esa posturación sus posibilidades de defensa fueron todavía más escasas. Providencia insistía en llevarle personalmente las comidas y tanto los desayunos como las cenas eran una pesadilla de camisones debajo de los cuales se adivinaba una escasa ropa interior, o quizás simplemente se lo imaginaba así, afiebrado y delirante. Ella se quedaba con frecuencia dormida en la cama del viejo Licenciado X. Estaba ya a las expensas de cualquier gesto de Providencia, inmóvil en una cama casi siempre empapado en sudores.

Y Providencia fue la única persona que se resistió a una orden del Licenciado X. Lo venció una adolescente y, a lo largo de los años, el deseo y la repulsión de poseerla lo mató. La carta del Licenciado X, repleta de tachones y faltas de ortografía, con letra temblorosa, terminaba así: “La joven que te dio esta carta y la caja con la memoria de mis Obras es la única hija que me queda. Hubiera querido explicártelo en persona, pero me temo que moriré antes de que logres llegar. Creí que lo tenía todo calculado. Si alguna virtud tuve fue nunca ser descuidado. Pero ya no importa. Te he atraído hasta mí porque necesito tu ayuda. Cuenta lo que ves a tu alrededor: un pueblito próspero y seguro entre el desierto y el bosque. Es mi Gran Obra. No son ricos pero tampoco son muy pobres, al menos no una mayoría. Tienen una clínica aunque no tengan todavía doctores. Tienen una escuela que enseña a leer y a escribir, aunque sin ortografía. Y un camino que construimos entre todos para el paso de las mercancías. No es apoteósico, creo que así se dice, tú sa-

bes de palabras, pero es más de lo que muchos pueden dejar. Escríbelo, querido Max, para que este pobre viejo pueda morir seguro de que su paso a la Historia estuvo asegurado por alguien que tiene el don de las palabras. Nunca te lo dije, pero mis ideales eran altos aunque mis acciones fueran, a veces, un tanto bajas. De todo lo demás, pues, qué te digo: disculpas si hice mal a los demás. Dejo dinero para que lo publiques en una editorial de la capital”.

Pero llegué tarde dos días y, en la espera, se vio obligado a dejar de respirar mientras yo comía. Nunca contó con eso. Nunca pensó en estar tan solo como para realmente necesitarme.



El Partido se hizo con los hombres pequeños, de trajecito, que se fotografiaron atrás de los militares improvisados de cananas y sombreros de la Revolución. Se hizo Estado con los taimados que fraguaban sus negocios en la sombra depositándose en sus cuentas bancarias el presupuesto federal, estatal y municipal. Con los que, obedeciendo órdenes, convirtieron a los ciudadanos en enemigos a los cuales combatir. Eso fue el Partido: miedosos que brincaban con los balazos, avariciosos en lo oscuro de los recovecos legales y leales en la trampa —“une más el delito que la amistad”, solía decir el Licenciado X— y locos que obedecieron el vocerío, no de sus cabezas, sino de la cabeza del Presidente en turno, para ejecutar los planes de progreso más delirantes.

Y también, en algún momento de sus vidas, esos mismos hombres pequeños que “creaban instituciones”, “demostraban su capacidad emprendedora” y “salvaban a México” quisieron pasar a la Historia. Pero era muy difícil convertir en gloria la cobardía, el delito y el crimen. Así que cada

quien contrató a un historiador, dictó sus memorias a un allegado, a un escritor, a su hijo, y fue entrevistado en una serie especial para la televisión. Nunca fue suficiente. La Historia es como un par de anteojos: por más que limpies los cristales, siempre tiene manchas, rayones, reflejos grasosos. Y si la buscas en vida es que todavía la tienes sobre la cabeza.

Sólo así logro empezar a explicarme por qué el Licenciado X usó sus canales de una vida en la “seguridad nacional” para que yo fuera a ver las nimiedades de la Tercera Veranda. Sin tener ya poder sobre la nueva generación de “modernizadores” en el Partido, logró engañarlos con informes confidenciales para que me llamaran a una “comisión” que pensé, se los he dicho, me recalibraba en la política nacional. Fue una jugada cruel. Pero ahora que llevo dos días en este pueblo inventado por el Licenciado X entiendo que el mismo hombrecito que se complace en lograr que los demás hagan las cosas que él les ordena un día es también el que cree que ese placer puede considerarse un hecho histórico. El deber y el ser se les juntan en un instante y no embonan. Y el tiempo se hace prisa por conjuntar el rompecabezas. Es el único supuesto en el que las órdenes ya no funcionan: después de muerto. Y los hombres del poder patalean como niños ante la muerte. Y buscan a alguien que los lleve, como los perros aztecas, al cielo del reconocimiento futuro, al cielo de los políticos: la Historia.

Ese perro, según los cálculos del Licenciado X, era yo. Y me rasco la cabeza.

Lo hago mientras Providencia, la viuda-hija del muerto Licenciado X, cubierta de cabellos, insiste en llevarme al salón de la casa grande en el que se exhiben los animales disecados de la familia Vidal. Ahí están las guacamayas azules y naranjas en vuelo eterno, los pavorreales con la agresividad deslavada, las vicuñas que ya no escupen. Y el tigre. Siem-

pre lo imaginé con las patas tan grandes que le colgaban en el ataque, las fauces que trascendían a su presa humana, la bastedad de la piel rayada en la que lo estético y el crimen se unen. Pero no era un tigre sino un gato enorme, el elche, que yo creía extinto porque sólo he visto grabados, precisamente con una guacamaya debajo de sus garras. El elche es un felino de esa misma selva que ayudé a pintar con aerosol verde. El Licenciado X, el Señor, obtuvo y trajo a este bosque rodeado de desierto el último ejemplar antes de que apretáramos el botón del spray. Y ahora me mira desde su base de madera pulida.

—El Señor quiso que tuviéramos el zoológico más diverso del país —elogia Providencia señalando a los animales con aserrín en las vísceras.

—Pero están todos muertos —reclamo con los ojos de cristal del elche fijos en la eternidad.

—La vida —explica Providencia con soltura—. Se murieron antes de que los trasladaran. Le dio gripe a un ñu y se contagiaron los demás. Pero no se puede pedir todo.

—A ustedes les falla la vida y se resignan. Jamás hay culpables, alguien a quien demandar penalmente —estallo—. ¿Quién era el veterinario?

—La jirafa africana del fondo —responde Providencia—. Los niños de aquí la han visto. ¿Cuántos niños de África crees que la han visto en persona, aunque sea muerta y un poco quemada porque le cayó un cigarro en una fiesta? —por primera vez a la defensiva.

—No te enojas, mujer, sólo trato de entender.

—El Señor se preocupaba por la cultura de su gente, de sus hijos, como les llamaba. Por ejemplo, yo estuve aquí cuando el Señor trajo el piano. En México lo puso en una red que amarró a uno de sus helicópteros, voló con él hasta aquí y lo bajó justo en el centro del patio principal.

—¿Un piano?

—La gente jamás había visto uno. Se organizó una fiesta para recibirlo. Se adornó el patio con flores, las familias llegaron bañadas y con sus mejores vestidos, se quitaron los sombreros y las mascadas delante de aquella cosa negra con patas. Y lo tocaron.

—Y se asustaron con el sonido.

—No, estaba cerrado con llave, por el traslado, ¿sabes?



Los funerales del Licenciado X fueron una procesión con la caja del muerto en andas rumbo al cementerio Laureano X. Vidal, donde se levantaba ya el mausoleo. Cuando el guardia de seguridad —que, de nuevo, parecía un cura vestido de blanco— develó la estatua, abrí una botella de aguardiente. Con la mirada hacia el bosque, el Licenciado X de bronce portaba la mano derecha sobre su pecho y de la izquierda pendía un machete. Estaba vestido no con su traje italiano, sino con una guayabera, los pies calzados con huaraches. No llevaba un sombrero, lo que hubiera sido pleonástico, sino una corona de laureles pulidos para que fueran más dorados que el resto. Laureadito, al fin.

—Estamos ante el fin de un gran hombre —habló el guardia de seguridad atento a mi botella que subía hacia mis labios y bajaba con ese ruido de burbujas agitadas—, pero no de su obra. Juntos ayudamos a construir un pueblo más justo y educado, que fue fruto de uno de los sueños más desinteresados que sólo los grandes pueden concebir. Pero falta todavía mucho por hacer. El Señor estará con nosotros mientras sigamos empeñados en ser mejores en el futuro, en contar con más oportunidades para nuestros niños, en auxiliar a las generaciones que todavía no nacen a construir

un país mejor, como decía el Señor, “pedazo por pedazo, poco a poco, pero sin descanso”.

Laureano X. Vidal (1924-1994). Quien ha perdido la vergüenza no sabe lo que ha ganado a cambio, decía la placa. Sonreí y despegué el pie derecho de la tierra para balancearlo en el aire. Éste era el Licenciado X: había pasado a la famosa Historia que tanto le preocupaba con una de sus frases más vergonzosas. Precisamente la más desvergonzada. Los tepehuanos habían elegido la menos digna. Fue un gesto con el pie, lo juro, sin intenciones de dañar la estatua, sino de saludar a quien conocí o creí conocer. Lo hice justo cuando escuché en un radio que alguien llevó consigo al cementerio, muy quedito, pero audible, que el Partido había ganado las elecciones presidenciales con más de cincuenta por ciento. “Lo volvieron a hacer”, pensé casi entusiasmado de que un plan pueda funcionar como reloj, “con un candidato muerto. Es cierto: la gente vota para no morirse. La fe y el miedo son los dos sentimientos con los que el poder se ejerce; son las emociones de la estampida”.

Nunca logré llevar al candidato hasta aquí. El Licenciado X también me falló: se murió dos semanas antes de lo calculado. Bebí otro trago. Y le di una patadita a la estatua de Laureano X. Vidal. Pero, y por si lo que les cuento aquí llega a oídos de alguien en Juan Capistrán, no fue mi intención que con un ligero puntapié las letras de su nombre se desprendieran de su estatua. Para mi asombro, la mayoría quedó en el polvo. Sólo permanecieron las mayúsculas, las más gruesas: L, X y la V. En ese momento el vandalismo no fue relevante: la mayoría, con los ojos llorosos, más pendientes de que la caja entrara en la tierra; algunos me miraron recoger las letras sobrantes como quien observa a un pepenador patético. Las metí en la bolsa de mi traje polvoriento y oliendo a sudor.

Pero tengo esperanzas de que los que no se enteraron de quién fue el Licenciado X conozcan su mausoleo como “la estatua del 65”. La educación avanzará poco a poco en el pueblo y algún día leerán números romanos hasta en las tumbas.



—Hay un momento en que queremos ser más de lo realmente pudimos —le estoy diciendo a Providencia mientras ella elige ropa para que me cambie la terregosa y sudada que llevo desde hace días—. Supongo que eso fue lo que sucedió: en algún momento este señor decidió que se acercaba el final y que estaba solo. Su mujer, sus hijas, sus amigos lo han abandonado. Y vino aquí a tratar de ser alguien significativo, que trascendiera su propia desaparición.

—Para mí fue un gran hombre —respinga Providencia—, aunque no lo comprendí a tiempo.

—No te enojas —mi frase favorita con Providencia—, es sólo que me cuesta trabajo explicarme por qué alguien que creyó toda su vida en los pequeños hombres del poder, los que jamás nadie reconoce en las fotos, los que hacen sus fortunas sin ostentarlas en las revistas, que nunca hablan de sus relaciones políticas con nadie, digo, ¿por qué ese mismo tipo un día decide que tiene que ser su opuesto? Me sorprende. Es todo, niña, no me mires así.

—No sé de qué hablas —responde y descuelga una camisa de seda roja y la arroja sobre un arcón. Estamos en el ático.

—¿Qué sabes de Nieves, su primera esposa?

—Nunca me habló de sus vidas anteriores —dice como si estuviéramos en un seminario sobre reencarnación.

—¿Mencionó alguna vez que tenía dos hijas?

—¿Además de mí?

—Tú no eres su hija.

—Lo soy legalmente. Y heredé estas tierras —dice Providencia mientras me extiende la muda de ropa con un gesto imperial. Ella tiene la enfermedad. Se convertirá en la cacique de las generaciones futuras. De un bosque que el Licenciado X obtuvo asesinando a sus dueños por ser “enemigos del pueblo”.

Me acerco y quiero explicarle que hay quien toma la vida como un experimento. Las más de las veces esta actitud no trae consecuencias inolvidables: se constata que el plomo sigue siendo plomo y no oro. Pero, a veces, el experimento de la vida te explota directamente en la cara, o se escapa de la jaula y te mata a mordidas. Es sólo después de estos hechos que decimos que la vida es un aprendizaje. Eso le ocurrió al Licenciado X: la vida lo destrozó a mordidas. Reaccionó demasiado tarde.

Pero no explico nada, y como me sucede cuando no tengo nada que decir, simplemente la beso.



Salimos de la casa y deben ser estas ropas del Licenciado X y que voy del brazo de Providencia. Lo que digo es que los campesinos se arrodillan a nuestro paso. Y se persignan. Para ellos soy el Licenciado X reencarnado. Una especie de despedida final. Qué sé yo de estos pobres diablos. El guardia de seguridad que ahora sí está en traje de carácter, es decir, con chaleco antibalas y pistola entre la piel y el pantalón vaquero, divisa la escena. Se aproxima con paso cansino y me murmura al oído:

—Si decide quedarse, patrón —su tono es neutro pero la elección de las palabras es sumisa—, habrá algo para usted



en el negocio. Don Júpiter Gómez viene con un cargamento en cualquier instante. Hablemos.


Lo miro y tiene la sonrisa de la complicidad. “Une más el delito que la amistad.” No le respondo. Siento un apretón de Providencia en el brazo. La idea me tienta. Acaso éste es el “favor” que siempre busqué del Licenciado X, ese que nunca me hizo sin pedirme la vida a cambio de nada. A lo mejor ésta es mi oportunidad de hacerla: con una esposa adolescente, en medio de un bosque, manejando las operaciones ilegales de lo que sea que contrabandean estos indios. Y éste es el favor. Y yo que pensé durante todo este tiempo que me habían atraído para usarme una vez más como a una bala perdida. Y no. Esto es el fin del camino para mí. No es Marcia, sino Providencia. No el puestecillo abyecto en el gobierno recién electo, sino aquí, con esta gente que podría llegar a idolatrarme, como lo hicieron antes con quién sabe cuántos más. Los ídolos se van muriendo, pierden el nombre, la razón de su existencia. Los idólatras los sobrevivirán, siempre.

Por un tiempo, mientras camino con Providencia hacia el centro del bosque donde el Licenciado X mandó talar un círculo para aterrizajes clandestinos, pienso en mi vida como cacique de pueblo: nada se mueve sin que me toque algo, todos me obedecen, ese placer, y siempre puedo empujar un poco las cosas hacia un nuevo límite. Cada vez un poco más. Y entonces entiendo al Licenciado X. El hombrecito opaco no es el opuesto del gran hombre. Es su condición.




Las aspas sueñan a lo lejos y Providencia me mira a los ojos con una intensidad entre suplicante y melosa. Estamos en el





círculo donde aterrizan los helicópteros con “la mercancía”: de noche los indios entierran miles de linternas encendidas para guiarlos en un círculo de fuego. Pero ahora es de día y la circunferencia parece hecha por topos geométras. Con los pecados del Licenciado X en mi sistema, con su ropa puesta, con su caja de memorias de sus grandes proyectos y obras, hay un momento de confusión comprensible. Providencia me mira. Pero no soy él. Ni me convertiré en él. El momento es incómodo y decido darle un beso tan largo como el trayecto que tarda en llegar el helicóptero. Y es que no sé qué decirle. En un momento abro los ojos para ver cómo es que se ve Providencia besando a alguien. Tiene esa expresión derretida, como si durmiera. Estamos en medio del bosque de un verde intenso y nos bombardean los paquetes blancos que caen desde el cielo como nubes pesadas.



Si sientes nostalgia es que tienes mala memoria. Pero durante años esa imagen de besar a Providencia en un bosque, rodeados de cosas blancas que caen a tierra o se enredan entre las ramas de los pinos, me pareció la quintaesencia del bienestar del espíritu. Un momento de quietud y placer tan absolutos que solía evocarlos para llenarme con su perfume cuando me sentía solo en la Tierra. De hecho mi memoria fue transformando los paquetes de contrabando en burbujas, turgentes burbujas que flotaban a nuestro alrededor. Y el olor del bosque fue durante años algo que me recordó la boca de Providencia y su rostro apacible, dormido.

Pero hay que despertar justo cuando las aspas del helicóptero están tan cerca que te vuelan los cabellos. Bueno, los de ella. Antes de subirme, mis últimas palabras para la niña Providencia fueron a gritos:

—Yo me hago cargo de esto —vociferé apretando los ojos y señalando la caja con los papeles que el Licenciado X

quería que fueran publicados— y vendré a buscarte cuando el libro esté listo.

Ella sólo se plantó muy erguida deteniéndose el vestido blanco de manta. Su mirada ya no era suplicante ni melosa, sino dura. La mirada del abandono. Era una mirada de rencor.

El helicóptero, del que se bajó un viejo encorvado que supuse sería Júpiter Gómez, era de cuatro plazas y no tenía puertas en la parte de atrás. Me llevaría directo a Zacatecas, desde donde tomaría, con algo del dinero para publicar el libro de la obra del Licenciado X, un avión a la capital. Fascinado por ver las cosas desde arriba pero mucho más cerca que desde un avión, me olvidé por un momento de todo. No había fiestas por la victoria tantas veces repetida del Partido. Fue simplemente un voto abnegado, para no morir. A pesar de ser lunes las carreteras no se veían muy ocupadas. “El mensaje del Partido a la gente es”, solía repetir el Licenciado X, “yo me encargo de que las cosas sigan igual. Ustedes no se metan. Pueden terminar en la cárcel o peor”. También decía: “Le llamamos grilla a la política mexicana porque es justo lo que queremos que la gente piense de ella: un ruidero incomprensible que viene de la noche. Es una manera de decirles: ustedes jamás podrán entenderla. ¿Quién sabe lo que dicen los grillos? Ni se metan”.

Pero muy pronto recordé la caja de documentos del Licenciado X. La puse entre mis piernas y comencé a tirar los papeles al viento. Cayeron por pueblos que no sé cómo se llaman. Cada uno de ellos tuvo una página suelta de las memorias que nunca se publicaron. Ahí iba la vida de Laureano X. Vidal, al menos la parte por la que quería ser recordado. La parte del bien, la de Tercera Veranda. Pero yo había entendido también que esa parte no podía contarse por separado de la otra, la que nos avergüenza.

El bien al que accedió el Licenciado X fue siempre para seguir adelante: lo poco que hizo por los demás fue siempre para seguir haciendo todo, lo permitido y lo prohibido, para él mismo. Pero hay tres caras para la vida de todos. Cómo la miran los demás, cómo quieres que la recuerden y cómo crees tú que fue. Las dos primeras volaban ya por el cielo. Confío en que la última haya sido para el Licenciado X la más lapidaria. La que finalmente lo mató.

Ésa es la versión que me acompañará, a mí, y acaso a todos, como el perro, a través de la agonía. Me quedo callado un momento, pero no quiero perder audiencia.

—Eso es lo malo de la vida: además de que te mueres, no obtienes lo que deseas, aunque lo hagas —le voy diciendo, rumbo al Partido, al taxista.

